

PRESENTACIÓN DEL PREMIO HIPÓCRATES 2018

Por el Acad. Alfredo Miguel Larguía

Mi nombre es Alfredo Miguel Larguía y soy miembro titular de esta Academia.

Es para mí motivo de gran honor y satisfacción el tener el privilegio de presentar al ganador del premio Hipócrates.

Como ha sido mencionado, el premio Hipócrates es el máximo reconocimiento que esta Academia otorga anualmente. Los miembros del jurado son nada menos que los ex presidentes, que seleccionan a personalidades únicas por sus actos destacados en la Medicina y por su trayectoria con un trascendente aporte a la comunidad.

Podríamos hacer una extensa exposición de las inigualables condiciones del Dr. Miguel Ángel Schiavone sino fuera que inevitablemente terminaría con la paciencia de ustedes, deseosos de verlo recibir la medalla de plata con la figura de Hipócrates con el nombre del premiado.

Con esa consideración, me permitiré efectuar una presentación diferente diciendo que Miguel Ángel ha sido Director de la Escuela de Salud Pública, Decano y ahora Rector en la Universidad Católica Argentina. Pocas veces se menciona la palabra calidad con el adjetivo calidez en los CV de los premiados. Sin embargo, estas condiciones, que más adelante enumeraré, son las que caracterizan al doctor, profesor y rector Miguel Schiavone.

Aquí debiera hacer una salvedad: Expresar si tengo un conflicto de interés en esta tarea. Y la respuesta es SÍ, porque mi respeto y admiración por Miguel Ángel muchas veces supera lo racional.

Nuevamente nos apartamos de la rutina de presentación: El Dr. Schiavone es hijo de padres y abuelos italianos originales de Calitri / Salerno, sur de Italia. Su abuelo inmigrante como los que ahora necesitaríamos, fue trabajador ferroviario y albañil, igual que su padre también ferroviario y tornero. Se radicaron en Remedios de Escalada en condiciones humildes, pero de sólidas convicciones ciudadanas. El Dr. Schiavone asistió a la escuela pública primaria y secundaria en Lomas de Zamora y luego ingresó por examen a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires de la cual egresó con diploma de honor en 1978, para luego como ejemplo de educación continua, recibe los títulos de especialista en clínica médica y en Salud Pública. Aprendizajes que enmarcaron su futuro en condiciones de liderazgo como docente y Director de instituciones con responsabilidades de conducción.

Muestra de esta afirmación es que recibió diez premios que nuevamente no detallaremos por lo abarcativo y extenso de los mismos. Pero por lo menos no se

sorprendan que les diga que es el autor de más de 90 artículos y de 10 libros de la especialidad Salud Pública.

La vida del Dr. Schiavone transcurre en familia; está casado con María Inés, médica pediatra especializada en alergias y con quien tiene tres hijos. La mayor, diseñadora gráfica, el del medio, médico cardiólogo ex jefe de médicos residentes del Hospital Británico y, la menor, abogada.

Como antecedentes laborables, en el sector público fue Asesor de Gabinete en el Ministerio de Salud de la Nación, Subdirector Médico del Hospital Juan A. Fernández y Subsecretario de Salud en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Como dijimos al principio y, ahora reiteramos, fue Director de la Escuela de Salud Pública, Decano de la Facultad de Ciencias Médicas y Rector de la Universidad Católica Argentina desde mayo del año pasado. Imposible superar tantas metas.

Quienes creen que toda la producción de Miguel Ángel son solamente textos científicos, se equivocan porque el Doctor en la revista *Voices* incursiona con humor e ironía en complejos temas de Salud Pública. Sus títulos sirven mejor que cualquier explicación: "Muerte dudosa, asesinato u homicidio: autopsia del Hospital Público"; "Inequidades, ineficiencia falta de calidad. ¿Quién será el Don Quijote que impulse la profunda reforma que el sistema de salud necesita?" También: "Historias de diván: San Itarista consulta a su terapeuta Ana Lisis".

Para finalizar, una cualidad no usual, tiene una quinta en San Vicente donde desarrolla su hobby: La jardinería; especialmente el cuidado de frutales. No tan sorprendente para una persona con una vocación tan multifacética.

Ahora les resumiré quién fue Hipócrates de Cos:

(Llamado el Grande; Isla de Cos, actual Grecia, 460 a.C. - Larisa, id., 370 a.C.) Médico griego. Según la tradición, Hipócrates descendía de una estirpe de magos de la isla de Cos y estaba directamente emparentado con Esculapio, el dios griego de la medicina. Contemporáneo de Sócrates y Platón.

Aunque sin base cierta, se considera a Hipócrates autor de una especie de enciclopedia médica de la Antigüedad constituida por varias decenas de libros (entre 60 y 70).

Entre los aportes de la medicina hipocrática se destacan la consideración del cuerpo como un todo, el énfasis puesto en la realización de observaciones minuciosas de los síntomas y la toma en consideración del historial clínico de los enfermos.

En el campo de la ética de la profesión médica se le atribuye el célebre juramento que lleva su nombre, que se convertirá, más adelante, en una

declaración deontológica tradicional en la práctica médica, que obliga a quien lo pronuncia, entre otras cosas, a «entrar en las casas con el único fin de cuidar y curar a los enfermos», «evitar toda sospecha de haber abusado de la confianza de los pacientes, en especial de las mujeres» y «mantener el secreto de lo que crea que debe mantenerse reservado».

Aunque inicialmente atribuida en su totalidad a Hipócrates, la llamada colección hipocrática es en realidad un conjunto de escritos de temática médica que exponen tendencias diversas.

En esta colección, la llamada «Antigua medicina» es uno de los tratados más antiguos y más célebres y, en éste, sugiere el autor, entre otras propuestas, investigar el origen del arte que practica. Origen que halla en el deseo de ofrecer al ser humano un régimen de vida y, en especial, una forma de alimentación que se adapte de una manera completamente racional a la satisfacción de sus necesidades más inmediatas.

Anexo II

Como expresión del Juramento Hipocrático transcribimos algunos párrafos de su versión en la convención de Ginebra.

Prometo cumplir, en la medida de mis capacidades y de mi juicio, este pacto.

Respetaré los logros científicos que con tanto esfuerzo han conseguido los médicos sobre cuyos pasos camino, y compartiré gustoso ese conocimiento con aquellos que vengan detrás.

Aplicaré todas las medidas necesarias para el beneficio del enfermo, buscando el equilibrio entre las trampas del sobretratamiento y del nihilismo terapéutico.

Recordaré que la medicina no sólo es ciencia, sino también arte, y que la calidez humana, la compasión y la comprensión pueden ser más valiosas que el bisturí del cirujano o el medicamento del químico.

No me avergonzaré de decir «no lo sé», ni dudaré en consultar a mis colegas de profesión cuando sean necesarias las habilidades de otro para la recuperación del paciente.

Respetaré la privacidad de mis pacientes, pues no me confían sus problemas para que yo los revele. Debo tener especial cuidado en los asuntos sobre la vida y la muerte. Si tengo la oportunidad de salvar una vida, me sentiré agradecido. Pero es también posible que esté en mi mano el poder de tomar una

vida; debo enfrentarme a esta enorme responsabilidad con gran humildad y conciencia de mi propia fragilidad. Por encima de todo, no debo jugar a ser Dios.

Recordaré que no trato una gráfica de fiebre o un crecimiento canceroso, sino a un ser humano enfermo cuya enfermedad puede afectar a su familia y a su estabilidad económica. Si voy a cuidar de manera adecuada a los enfermos, mi responsabilidad incluye estos problemas relacionados.

Intentaré prevenir la enfermedad siempre que pueda, pues la prevención es preferible a la curación.

Recordaré que soy un miembro de la sociedad con obligaciones especiales hacia mis congéneres, los sanos de cuerpo y mente así como los enfermos.

Si no violo este juramento, podré yo disfrutar de la vida y del arte, ser respetado mientras viva y recordado con afecto después. Actuaré yo siempre para conservar las mejores tradiciones de mi profesión, y ojalá pueda experimentar la dicha de curar a aquellos que busquen mi ayuda.

Estamos convencidos de que el Dr. Miguel Ángel Schiavone cumple y podría, hoy en día, mejorar este compromiso.

Muchas gracias

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL PREMIO HIPÓCRATES

Por el Dr. Miguel Ángel Schiavone

Es para mí un gran honor recibir el Premio Hipócrates 2018. Me siento feliz y enaltecido por este reconocimiento. Quiero agradecer al Dr. Miguel Larguía por haber presentado mi candidatura, a los miembros del jurado por haberla seleccionado, y a la Academia Nacional de Medicina por concederme esta distinción.

Este reconocimiento me llega después de 40 años de profesión, de actividad asistencial en el Hospital Fernández, de mi labor docente en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad del Salvador y en la Universidad Católica Argentina en donde en 2018 fui designado Rector. Quiero manifestar que no tengo otro mérito que haberme esforzado por ejercer la profesión médica con pasión y compromiso hacia mis pacientes; desarrollar mi labor docente con generosidad y entrega hacia mis alumnos y desempeñar mi rol como funcionario en Salud Pública con honestidad material e ideológica. En los tres casos siempre aplicando una necesaria dosis de alegría, optimismo y vocación de servicio.

En estos últimos años he sido agraciado con algunas distinciones que no sé si realmente me correspondían, ciertamente no sé si era merecedor de ellas, pero cuando llegaron las recibí con alegría y satisfacción al saber que el esfuerzo de esos 40 años de trabajo era reconocido. Pero en este caso particular, este premio superó ampliamente mis expectativas, no solo por el prestigio de la Academia Nacional de Medicina que selecciona al galardonado de cada año, no solo por las destacadas personalidades que lo han recibido en años anteriores, sino por el nombre del mismo: “Premio Hipócrates”.

Hipócrates de Cos marcó un hito en la práctica médica que hasta el día de hoy nos interpela y motiva a la reflexión. Corresponde destacar la impronta deontológica que nos llega a partir del famoso “Juramento hipocrático” o sus reflexiones éticas presentes en los tratados “Sobre el arte”, “Aforismos” y en “Sobre el médico”. Sorprende su visión holística del proceso salud enfermedad, identificando ya en el siglo V a.C. determinantes ambientales como en sus escritos sobre “Aires, aguas y lugares” o en el tratado sobre “Epidemias”. También el origen de la historia clínica y el pronóstico son atribuidos al que consideramos hoy como el “Padre de la Medicina”. Para la práctica médica actual, recordar y reeditar la figura del médico hipocrático es el reencuentro fecundo con un ideal médico que a través de su Juramento revolucionó la práctica médica y la historia de la humanidad.

Recibir un premio que lleva su nombre honra a cualquier médico. En mi caso, también me inunda una profunda sensación de alegría por haber dado respuesta a las expectativas de aquellos que han confiado en mí, que han gravitado en el desarrollo profesional que pude alcanzar. Alegría que todos ellos también estarán experimentando en este momento, algunos presentes en este auditorio y otros que me acompañan a la distancia por estar alejados geográficamente o por estar habitando la casa del Señor. En todos ellos veo sus expresiones de alegría que me llegan al alma y reconfortan mi espíritu.

Tal como escribe Neruda en su libro “Confieso que he vivido”, en este momento llegan persistentemente a mi mente recuerdos, fotografías de tantos momentos, muchos esfumados al evocarlos, algunos intermitentes y discontinuos; tratando de olvidar aquellos que me dejaron un sabor amargo porque así creo hay que transitar la vida, siempre con alegría, como al conducir un vehículo siempre mirando el horizonte a través del parabrisas y no el espejo retrovisor. Pero no voy a abrir ese álbum en este momento, no solo por el tiempo que me llevaría sino por las emociones que me generaría.

Solo voy a proyectar una foto para que todos la imaginen, un holograma en blanco y negro con Hipócrates debajo de un árbol y un grupo de discípulos a los cuales les entrega generosamente sus saberes. Es el Padre de la Medicina no solo como médico sino como docente, más aún, como maestro. Esa foto es la imagen del maestro que muchos de ustedes y yo tuvimos, ese maestro que

admiramos y tratamos de seguir. Son esos docentes que yo encontré en la Cátedra de Salud Pública de la UBA. Es esa imagen la que desearía que se viralizara en todas las redes sociales y que se encarnara en nuestras Universidades, porque si hay algo que perdimos es la figura del maestro. El docente podrá transmitir saberes, el profesor tal vez los explique y demuestre, pero el maestro... solo el maestro... es el que inspira, es el que lleva al alumno de la mano por los caminos de la ciencia, pero también por los laberintos de la vida. Necesitamos recuperar al maestro que domine la ciencia y la técnica, pero que además posea el arte de la docencia, expresado a través de la vocación, la entrega, el compromiso y los valores superiores que lo deben caracterizar. El buen docente realmente “educa” cuando nutre a sus alumnos con saberes, con valores y en especial con su ejemplo, porque los alumnos como los hijos no obedecen, sino que imitan.

El auge de internet y de la sociedad líquida llevó en 1997 a que Peter Drucker afirmara: “En 30 años los grandes campus universitarios de hoy serán reliquias. Las universidades no sobrevivirán. El cambio es tan grande como cuando apareció el libro impreso”. Bien, ya pasaron 20 años y acá seguimos estando, porque saberes hay en los libros y ahora también en internet, pero la ciencia no sabe de valores, no conoce del bien y del mal, y la técnica aplica esos saberes sin tamizarlos. Por lo que la aplicación del conocimiento debe ser valorada y es el docente que le agrega valor al conocimiento en ese contacto personal y humano.

Por todo esto no tengo más que palabras de agradecimiento a esos maestros que hoy están en el álbum de mis recuerdos; a la Academia Nacional de Medicina que los inmortaliza con cada uno de estos eventos; a mi esposa, hijos y nietos que le dan razón de ser a mi trabajo diario y al Señor por haberme dado la oportunidad de estar hoy con ustedes y compartir estas reflexiones.